

La oscura tumba donde yace Malcolm Lowry

• Roberto Escudero



Malcolm Lowry en Easedale, Lake District, Inglaterra. (Junio de 1957)

Están a punto de dar las 6 de la tarde y mientras el pintor inglés Michael Ward y yo buscamos de espaldas al reloj de la torre almenada, situada al lado poniente de la pequeña capilla de St. John the Baptist, María Teresa Berlanga y Felipe Campuzano buscan justo al otro lado del cementerio. Es domingo y no hay un alma en los alrededores. Michael limpia de moho la cabecera de piedra de una tumba para poder leer la inscripción y yo ya desespero un poco de no encontrar lo que buscamos —hemos recorrido casi todas las tumbas—, cuando miro a mi izquierda la diminuta cabecera al lado y leo:

MALCOLM LOWRY
1909-1957

Eso es todo. ¿Así que este es el destino final de ese gran viajero y navegante cuyos mejores viajes sin embargo los hizo al interior de sí mismo? Cuesta trabajo aceptar que esa breve y descuidada tumba sea la del hombre que escribió una de las más intensas y hermosas obras de que se tenga noticia en la historia de la

literatura. A los pies de la cabecera, un promontorio de tierra cubierto por una delgada capa de hierba y hojarasca, y algunas pálidas y diminutas flores. Eso es todo.

Yo pienso que también he llegado al final de mi viaje por Inglaterra, aquí, en esta capilla y su panteón de la villa de Ripe, en el East Sussex, a unos cuantos minutos del puerto de Brighthelmston, en el sur de la isla. Pienso que aquí se ha cerrado una etapa más de mi obsesiva indagación sobre todo lo que se refiere a Malcolm Lowry, el escritor que, lo he dicho en otra parte y lo repetiré en cualquiera, escribió la mejor novela que se ha escrito en México: *Bajo el volcán*. ¿Y cómo no acordarme, en estos momentos en que escribo, de sus propias palabras?

"En cuanto a mí, me gusta abrigar mi tristeza en la penumbra de antiguos monasterios, mi culpa en los claustros y bajo los tapices y entre las misericordias de inconcebibles 'cantinas', donde alfareros de rostro entristecido y mutilados pordioseros beben al despuntar el alba cuya fría belleza de junquillo volvemos a descubrir en la muerte".⁽¹⁾

su juventud y por la intervención de algunos republicanos conocidos e influyentes. Esa primera ocasión lo habían detenido a causa de su actuación en un banquete que celebraban los republicanos; (quienes eran, por supuesto, antimonárquicos). Ahí Galois invitó a brindar por el rey, lo cual causó gran sorpresa entre los concurrentes; pero más sorpresa hubo cuando se percataron de que al conminar al brindis, Galois sostenía una daga en la mano. "Aquel joven es peligroso", se comentó.

La segunda vez, fue detenido por portar armas "ilegales" y vestir el uniforme de un ejército proscrito, el de los republicanos. Esta vez, Galois pasó 6 meses en la cárcel en las horribles mazmorras de St. Pélagie donde además de los maltratos se atentó en una ocasión contra su vida. Al salir tenía veinte años de edad pero su actitud política y su visión como matemático equivalían a toda una vida. Galois murió antes de cumplir veintiún años.

Crimen político o duelo pasional

Las circunstancias de su muerte son muy sospechosas. Murió a causa de las heridas recibidas en un duelo instigado por un lío amoroso. Sin embargo, este lío y su fatal consecuencia fue, según fuentes creíbles y confiables, una acción provocadora, tramada y ejecutada por la policía.

Galois se enamoró profundamente de una bella mujer que le fue presentada por un *exquisito* amigo a quien conoció en el hospital donde convalecía al salir de la cárcel. El romance duró poco tiempo, pues, inesperadamente, la dama rechazó a Galois arguyendo que ya estaba comprometida. Sorprendido y anonadado, Galois insultó a la dama y ésta, ofendida, se lo comunicó a su "prometido". Galois fue retado a un duelo *a voluntad*; quiso evitar el absurdo trance e incluso ofreció disculpas, pues sabía que no tenía ninguna posibilidad de vencer. Las disculpas no fueron aceptadas y se determinó fecha para el duelo. Galois no avisó a sus amigos republicanos quienes, seguramente, hubieran zanjado el asunto. Además, el "prometido" era también republicano. Por lo cual se aseguraba un duelo entre *caballeros*. Se escogieron pistolas y, según la norma de aquellos duelos, Evariste tenía que escoger a un acompañante que lo auxiliaría después del encuentro.

Escogió a aquel "amigo exquisito", a

quien Galois consideraba cercano. El duelo fue acordado para el 30 de mayo de 1832. La noche previa a su muerte, Evariste Galois trabajó hasta el amanecer. Esa noche produjo quizás la parte más rica de su *teoría*. Al margen de sus notas escribió: "lástima no tener más tiempo. . ."

La noche se esfumó y llegó al amanecer imperceptiblemente. Evariste discurría secretos teoremas y misteriosos sueños contruídos con ecuaciones, axiomas y definiciones. Seguramente nos podemos imaginar un amanecer brumoso y silencioso, hasta que los golpes en la puerta de su habitación troncharon su última aventura matemática y condujeron a aquel joven alucinado a la celada.

Estos golpes se habrían mezclado en su mente con sus teoremas y sus sueños, con la incertidumbre, la impotencia y seguramente con el terrible miedo.

En el duelo, Galois fue herido gravemente, su adversario abandonó el lugar y era obligación de su acompañante llevarlo a recibir atención médica. Galois fue abandonado. Durante todo el día

agonizó esperando la muerte; en la tarde comenzó a llover y cerca del anochecer fue hallado por un campesino que lo condujo al poblado próximo, aún vivo. Al otro día, 31 de mayo, Evariste Galois murió.

En su habitación había dejado su legado matemático, y también dejó un ejemplo para los hombres, para los científicos: el amor a la libertad y la lucha contra toda forma de opresión deben coincidir con toda forma de creación. En la carta que su padre le escribió* antes de suicidarse, hay un párrafo que define, quizás, de la mejor manera, a Evariste Galois:

"Serás un matemático. Pero hasta la matemática, la más noble y abstracta de las ciencias, tiene su corona en el aire pero sus raíces en la tierra que vivimos. . . Lucha, querido hijo, más valerosa y airosamente que lo que yo lo hice; y ojalá oigas sonar durante tu vida las campanas de la libertad."

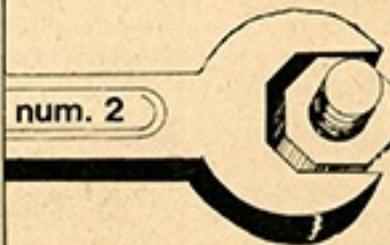
* Esta carta fue inventada por Leopold Infeld autor de la mejor biografía de Galois: *El Elegido de los Dioses*, publicada por Siglo XXI.

TECUENTO

CRONICA Y ANALISIS DE LA LUCHA OBRERA.

- *Piylast en lucha*
- *Sindicalismo I/iversitario: Breve historia*
- *Fraccliones y Sectores en el Proletariado mexicano*
- *El 923*
- *Telefonistas - teléfonos*
- *Euzkadi*
- *Notas sobre el Movimiento Sindical en Brasil*
- *Del Pacto de Sindicalismo Industrial a la Represión (enero a octubre de 1948)*

num. 2



De venta en Gandhi, El Agora, Juglar, Parnaso, Sandino y otras.

De golpe, toda la estremecida belleza de *Bajo el volcán*, de *Ultramarina*, de *Escúchanos oh señor desde el cielo tu morada*, de *Lunar Caustic*, de *Obscuro como la tumba donde yace mi amigo*, se me revela aquí al pie de esta sepultura. Pienso que he llegado al final de este viaje, los primeros días del mes de septiembre del año de 1980. Se reúnen con Michael y conmigo María Teresa y Felipe, estamos un rato más allí haciendo pocos comentarios y minutos después entramos a la capilla. En la parte izquierda del cubo que conduce a la nave, descubrimos un texto enmarcado que —con todo y algunas inexactitudes—, se dedica a la memoria de Lowry: "Cuando acabó con su vida en 1957, Malcolm Lowry era casi desconocido fuera de una cuantas universidades y secciones literarias. Su vida, sumergida en el alcohol y la culpa, llegó a su fin diez años después de que publicó *Bajo el volcán*, reconocida ahora como una de las mejores novelas de este siglo y la piedra de toque de un culto literario que se extiende a lo largo del mundo. Escribió sobre sí mismo en la novela que le llevó diez años culminar. Y entonces bebió hasta caer en la tumba. Está frente a la puerta oeste de la torre." Todos anotamos el motivo de nuestro viaje en un cuaderno forrado de plástico: visitar la sepultura de Malcolm Lowry.

Unas horas antes, sentados a la mesa de un restorán de hamburguesas, en el que al fin habíamos encontrado un lugar, en el puerto de Brighton, repleto aún de vacacionistas de fin de temporada, me había dicho María Teresa: Mira nada más todo lo que hacemos con tal de que vengas a visitar la tumba de Lowry. Pero aparte de que a ella tampoco le disgustaba para nada la idea, acaso sospechaba que esa era una de las verdaderas grandes intenciones de mi viaje a Gran Bretaña.

En Ripe, regresamos al sitio donde dejamos estacionado el auto, una pequeña plaza que es su centro. —Este es un pueblo como de viejos ingleses jubilados—, dice Felipe. En una de las dos esquinas orientales de la plaza hay una tienda y en la otra un pub que se llama The Lamb. El Cordero del que salió Lowry la noche de su muerte.

Pero poco antes de llegar allí encontramos a un hombre trabajando en su jardín —en efecto, parecía un buen inglés jubilado—, le preguntamos por la casa donde vivió Malcolm Lowry y nos contestó con precisión —¿*The writer? there*—, señalando una casa de madera pintada de blanco y techo de dos aguas, bien visible en la aún clara tarde de verano. Nos acercamos a la calle indicada, y a través del cottage llegamos al frente, en el interior ya hay luces encendidas que iluminan la estancia: una pared llena de libros, viejos muebles de sala, una lámpara de mesa y todos los objetos menores de cualquier sala de México o Inglaterra. Nadie piensa averiguar más, muy probablemente las personas que ahora viven ahí están hartas de visitantes que inquietan sobre los últimos días de *the writer*, y muy probablemente no saben nada de eso.

Douglas Day, el más autorizado de los biógrafos de

Lowry, consigna en las dos primeras páginas de su libro:

"Después de los cinco años más o menos de la muerte de este hombre, hasta que comenzó a aparecer en Ripe una constante corriente de serios investigadores académicos, periodistas, hombres de radio en autobuses con antenas móviles de la BBC, y difusores literarios en general, probablemente no más de una docena de habitantes de la villa recordaban más que vagamente a Malcolm Lowry como el agradable escritor, el tipo que había muerto tan repentinamente hacía algún tiempo. Sus memorias pudieron haberse estimulado y proyectado para recordar, si la viuda de Lowry hubiera grabado en la capecera de piedra de su sepultura el epitafio que él mismo había compuesto:

Malcolm Lowry
El último del Bowery
Su prosa fue florida
Y a menudo esplendorosa
Vivió de noche y bebió de día
Y murió tocando el ukelele

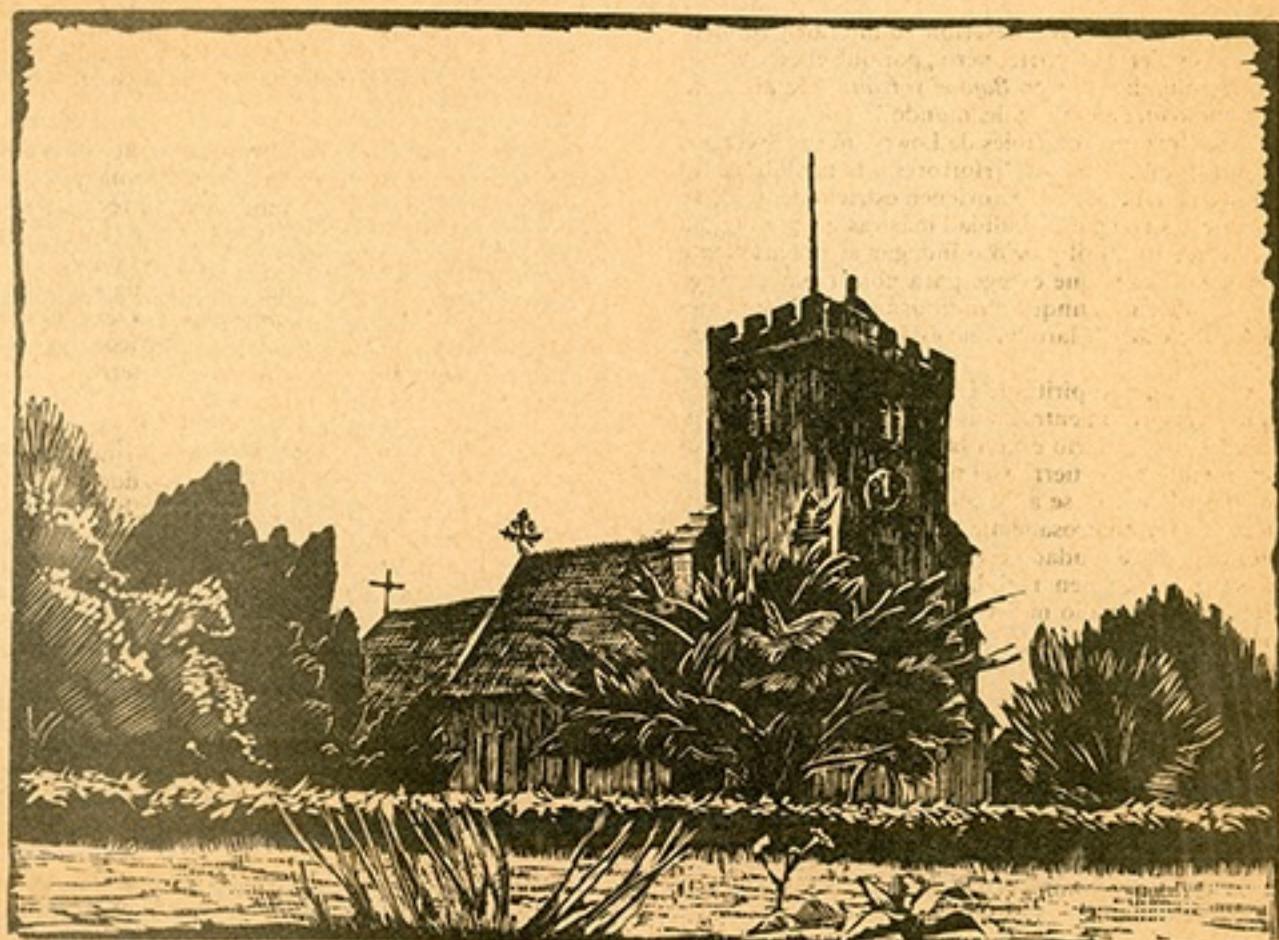
"Pero probablemente no: los contactos de Lowry con el Bowery (el tenebroso barrio de los alcohólicos en Nueva York), en el mejor de los casos fueron efímeros; él bebió muy poco (al menos públicamente) mientras estuvo en Ripe; y —tristemente— no murió tocando el ukelele, o como por alguna oscura razón insistió en llamarle "el taropatch", instrumento que cargó consigo por tantos años. La parte acerca de la florida-esplendorosa prosa es suficientemente apta para mostrar la tendencia de Lowry a la autodepreciación; pero los habitantes de Ripe no pudieron saber eso".¹⁷

Por supuesto, los habitantes de Ripe ahora saben menos acerca de Lowry. En *The Lamb*, enseño al mesero y a los parroquianos algunas de sus fotos y aunque todos recuerdan vagamente que a la vuelta del pub vivió ese hombre, nadie lo conoció personalmente y nadie sabe nada acerca de su obra. Dudo que alguien conozca el lugar exacto donde yacen sus restos.

El imperialismo y la cultura británicos

En realidad, el militarismo inglés honra con ostentosos monumentos a sus grandes guerreros. Para muestra basta un botón, y de grandes proporciones: Trafalgar Square, en el centro de la cual se encuentra la columna donde Nelson está encaramado tan alto que ni siquiera lo alcanzan los montones de palomas a las que gente de todas las razas imaginables da de comer diariamente. Las palomas se desquitan cagando de lo lindo a los generales menores cuyas memorias se honran en las esquinas de la plaza.

En este sentido los otrora belicosos ingleses fueron implacables con los espacios públicos: hasta el pirata y envenenador de pulmones Walter Ralleigh, tiene por ahí su escultura. Por fortuna, del antiguo imperialismo inglés ya casi sólo quedan los museos y monumentos que atestiguan la pasada depredación a la que sometieron a los pueblos y su inmovilidad presente. Aquel orgulloso león británico que desgarraba por



St. John the Baptist, Ripe.

Grabado en madera de Sybela Stiles.

cuantas partes podía es ahora un viejo león desdentado.

Sólo observé una excepción, notable y bella por cierto. En la catedral de St. Paul existe una estatua de acaso proporciones algo mayores a las humanas: la del dean John Donne, cuyas barbas crecidas en punta sobre un rostro afilado, cuyos ojos adormecidos y cuyo delgado cuerpo que apenas se sugiere bajo la túnica, producen en conjunto la impresión sicalíptica de uno de los mayores poetas eróticos de todos los tiempos.

Abstrayéndose del imperialismo, de los monumentos a los piratas, políticos —como Winston Churchill— y generales que lo encarnan, de los conservadores y de la Thatcher, la cultura inglesa es poderosa y brillante, así que en realidad poco importa la menguada tumba de Malcolm Lowry mientras exista la posibilidad de seguir abriendo *Bajo el volcán* para que éste nos siga revelando sus innumerables secretos a todos los que lo amamos.

Por eso también extraña que aun los británicos que conocen —y mucho— de literatura, no dejen de sorprenderse de que exista en México todo un culto, con muchos fieles y seguidores, que en Gran Bretaña

está muy lejos de existir. Pero yo creo que no es tan extraño como parecería a primera vista, sino perfectamente natural: Lowry anduvo entre nosotros y aquí ubicó la acción de su obra maestra. México fue siempre —para bien y para mal—, un punto obligado de referencia de su vida.

Por el contrario, casi ninguno de los temas de sus obras y sus manuscritos ocurren en Inglaterra, salvo breves pasajes; y aunque en su país escribió su primera novela: *Ultramarina*, ya para principios de la década de los cuarenta se le encuentra en Londres dedicado con ahínco y fruición exclusivamente a la vida bohemia, hecho ya un alcohólico irredento en el pub Fitzroy Tavern, donde por cierto tiene encuentros ocasionales con un joven poeta recién llegado de Gales que respondía al nombre de Dylan Thomas. Tal fue la fama del pub que al barrio se le comenzó a conocer como el Fitzrovia. Ahí Lowry habló y bebió mucho, pero de escribir, nada o muy poco.

Inmersión y expresión en Lowry

Mucho se ha hablado, y yo mismo lo sugiero aquí, que en realidad Lowry aprovecha el mundo circun-

dante para descubrir y describir su interior y su mente, esto es cierto en parte, pero ¿por qué el escritor, literalmente, dice que en *Bajo el volcán*, "el país aparece como una metáfora del mundo"?

Ni las torturas increíbles de Lowry, ni sus "secretos de ultratumba", ni sus "¡Horrores a la medida de los nervios de un gigante!" provienen estrictamente de su "mente", sino de una realidad más vasta y por alguna razón que es inútil y ocioso indagar es precisamente México el lugar que escoge para ubicar nada menos que al infierno, aunque el intimismo, hay que confesarlo, subsiste: "Claro que no está en México, sino en el corazón".

Yo veo en el espíritu de Lowry una especie de tensión magistral: mientras más se indaga en sus profundidades más abierto está a las múltiples incitaciones del mundo, de la tierra y el mar. Recordemos un poco: *Bajo el volcán* se abre con una descripción minuciosa y aun rigurosamente geográfica del Valle de México y de la ciudad de Cuernavaca, aunque ahora ya sabemos que en realidad Quauhnhuac es más bien un sitio medio mítico que participa de la visión lowriana de otras ciudades mexicanas como Oaxaca y Taxco. De todas maneras, las descripciones plásticas de la novela, de una belleza increíble, nos hacen notar claramente que todos los sentidos de Lowry estaban volcados hacia lo que lo rodeaba. Muchas veces el libro me ha recordado la sala entera que el Museo de Arte Moderno de la ciudad consagra a los paisajes de José María Velasco.

Así son de precisas las descripciones de ambos, así es de exacta la combinación de la luz y las sombras tendiéndose en las montañas del valle.

Aún más, tenemos la propia confesión de Lowry⁴³ afirmando que su intención fue construir la novela a semejanza de las catedrales churrigürescas mexicanas, tal es el principio expreso que regiría su arquitectura. El churrigüresco mexicano, nada menos que la más alta expresión plástica que nos ha ofrecido nuestro arte religioso. Y como no hay borracho que coma lumbre y como Malcolm Lowry se tomaba las cosas muy en serio, durante su estancia en Taxco no elegía cualquier lugar para caerse, sino justamente se tendía ante la fachada de Santa Prisca, en las escaleras al pie de las largas, esbeltas torres ultrabarrocas de la catedral.

Esta tensión de la que hablábamos antes, resuelta siempre en favor de la estética, entre lo que podríamos llamar la inmersión espiritual y la expresión espiritual, que Malcolm Lowry la expresa inmejorablemente, defendiendo ante Jonatán Cape su "opera magna" de los absurdos cortes que le quería hacer un lector editorial absurdo:

"El escenario es México, sitio de encuentro, según algunos, de la humanidad entera, pira de Bierce, salto mortal de Hart Crane, vieja liza de conflictos raciales y políticos de toda especie, donde un pueblo nativo genial y pleno de color posee una religión que rudimentariamente podríamos describir como una religión de la muerte; por

lo mismo es un lugar tan bueno como Lancashire o Yorkshire para situar nuestro drama referente a la lucha de un hombre entre las potencias de la obscuridad y la luz".

Pero como todo lo que provocaba en Malcolm Lowry conmociones espirituales, sus sentimientos hacia México también son ambivalentes, recordemos que el nombre de esta tierra es el infierno (aunque el infierno, al contrario de Sartre, no son los otros, es el propio corazón). Un dato más cargado de significados, que relata en *Obscuro como la tumba donde yace mi amigo*, en el avión en que viaja a México, comienza a reflexionar sobre la fascinación y el terror que le produce a un mismo tiempo este país.

Dejando a un lado la ficción, en 1942, él y su segunda esposa, Margerie, hacen a México un simple viaje de placer. Lowry quería enseñarle el país donde había comenzado a escribir *Bajo el volcán*. Es bien sabido cómo a ambos, tanto en Acapulco como en la ciudad de México y en la propia frontera los tratan como criminales, en circunstancias verdaderamente kafkianas porque los policías migratorios menores jamás les explican las causas de una humillación que duró semanas enteras, pero pretextando una deuda que había contraído Lowry en su primera estancia en México son despojados de todos sus documentos... y de una buena suma de dinero, sin darles apenas oportunidad de defenderse. Y sin embargo en una carta fechada el 15 de junio a su abogado Ronald Paulton,⁴⁴ reitera su amorosa atracción hacia México:

"Una vez más intentamos saber por qué se nos trataba de esa manera extraordinaria y entonces el inspector dijo furioso que 'habíamos hablado mal de México'. Negamos tal aseveración —cierta tan sólo en lo que se refería a las objeciones hechas al trato que recibíamos,— declarando, como muchas otras veces antes lo habíamos hecho, que amábamos el país y a su pueblo, a pesar de la experiencia que vivíamos, que deseábamos todavía descubrir cuál era el error, queríamos que se nos escuchara, ya que estábamos seguros de que debía haber un malentendido en relación con nuestro caso."

No se podrían relatar todos los padecimientos que vivió y refirió Lowry a lo largo de sus 48 años de vida. Pero hay un hecho simbólico: él concebía *Bajo el volcán* como la primera parte de una trilogía. En esta novela describiría, por supuesto, el infierno y su cauda de horrores; la segunda novela, *Lunar Caustic*, dolorosa expiación: el purgatorio; la tercera lo llevaría al paraíso: *En lastre hacia el mar blanco*. Este periplo dantesco quedó truncado. Sabemos que jamás llegó a escribir la última novela y se quedó con la visión aterradora y abismal de las dos primeras. ¿No encontramos en esto el símbolo de su propia existencia?

El alcohol y Lowry

No puedo terminar estas notas sin referirme a un hecho que en definitiva marca toda su obra y lo llevó a la tumba de Ripe: su alcoholismo. Hay autores que hablan del alcohol con vehemencia, pero sin constan-



Malcolm Lowry en Easedale, Lake District, Inglaterra. (Junio de 1957)

cia, el poeta Pedro Garfias, por ejemplo; o Francis Scott Fitzgerald cuando relata en *A este lado del paraíso*, siendo estudiante, sus constantes visitas a todos los bares con los que tropezaba; si leemos el script de Dylan Thomas, *El doctor y los demonios*, nos queda casi la impresión de que a lo largo de su lectura hemos estado embriagados; para no hablar de O'Neill y algunas de sus obras de teatro; el mundo literario de Revueltas está plagado de dipsómanos; y hay que leer *Más dulce que el vino*, de Manuel Rojas, o *Esta casa en llamas*, de William Styron, para conocer el progresivo deterioro de un personaje alcohólico. En fin, hay tantos cultivadores —autores y personajes— que participan de lo que Monsiváis llamaría "la estética de la autodestrucción" que la lista acaso no terminaría nunca.

Sin embargo, en Lowry el alcohol no es sólo un motivo de reflexión constante, sino un personaje más, un motivo central sin el cual se caería irremediamente su obra: es una estética, una mística, una pasión devoradora y también una condena. Es también un símbolo: *Bajo el volcán* comienza a ser escrita en México en 1936 y se culmina en Canadá en 1944. En la novela el país aparece como "una metáfora del mundo", un mundo embriagado por una guerra desatada

por el nazismo, y hay que recordar que Hugh, el hermano del Cónsul, llega a México después de luchar en España contra la misma bestia.

Por supuesto que Lowry no bebía precisamente de manera metafórica. Su embriaguez era, como la imposibilidad del amor, como la tristeza y la culpa que le gustaba abrigar, como la obsesión por la muerte, entre otras cosas, un principio regidor de su obra, parte esencial de su concepción del hombre como una lastimadura esencial, y acaso otra metáfora de este mundo que se redujo, en 1957, a una oscura tumba.

Diciembre de 1980

Notas

- (1) *Bajo el volcán*, traducción de Raul Ortíz y Ortíz, Ed. Era, México, p. 44.
- (2) *Malcolm Lowry*, a biography by Douglas Day, Laurel Editions, New York, N.Y., U.S.A. 444 pages.
- (3) En la célebre carta a su editor Jonahthan Cape, en *Malcolm Lowry, el volcán, el mezcal, los comisarios*, traducción de Sergio Pitol, Tusquets Editor, 2o. ed. Barcelona, España, pags. 23 a 67.
- (4) *Ibid* pag. 94.

(Traducciones mías R.E.)